

# En la Playa

LA DESPEDIDA.

Ayer llegué a Manila, después de cerca de dos meses de estancia en Negros; donde he vuelto a vivir años ya pasados, en toda su hermosa y fresca realidad. El amor y cariño de las personas con quienes he tratado íntimamente familiarmente... los lugares, el mar, los montes, el pueblo la casa, aquella casita blanca y pulera ¡la misma!, de felices e imborrables recuerdos, asentada al pie del montículo que le sirve de guardián; con los dos añosos árboles que se alzan frente a la fachada como inseparables compañeros, proyectando amigable sombra, besándola con sus ramas de verdor perenne, donde pujan las alegres avecillas, descendientes de aquellas otras que hace años piaban también alegres... y la pequeña iglesia, algo retirada, de atrayente y sugestiva calma... la casita de Dios que quiere vivir con sus hijos los hombres, rematada por la diminuta Cruz, que eleva su frente al cielo, como símbolo de consoladoras esperanzas, y tiene abiertos sus brazos como signo de redención y de paz... ¡ah! todo, todo eso, siempre vivo, siempre joven, siempre encantador, ha tenido la virtud de hacerme desandar el camino de la vida, hasta dejarme en aquel lugar, tantas veces rememorado con lágrimas de alegría y con lágrimas de dolor, en el mismo lugar donde se destizaron llenos de ventura mis años de niño; los años más verdaderos y más vividos de toda la vida.

Ayer llegué... Y he querido hacer mi primera visita a esta playa, y a esta piedra gris, que ya me conozco. Pues cada día me voy convenciendo más y más de las ventajas que me reporta el ser más amigo de la naturaleza que de la sociedad.

Y aquí estoy, junto al mar, lápiz en mano, queriendo trasladar al papel las impresiones de que aún está dominado mi espíritu.

Cinco días hace que dejé el pueblito y la casita blanca; y cino también que me despedí de aquellos honrados y nobles trabajadores de la hacienda, que allí quedaron, entregados a sus faenas, contentos, pacíficos y felices, sin locas ambiciones ni tontas exigencias porque con el del cuerpo reciben también el salario del alma: la paga del dinero y la paga del cariño.

¡Cuán pronto quedaría solucionado el problema agrario, si entré el capital y el trabajo, entre patronos y obreros existiese ese intercambio espiritual, esa cordial e íntima penetración, fundada en el Evangelio, mantenida por la caridad cristiana,

que sabe cuidar y remediar las necesidades corporales y espirituales del obrero y su familia; como yo lo presencié en estos días pasados!...

Me despedí, como he dicho, de los honrados hijo del campo; y al día siguiente, 22, salí para Pulupandan. Lucio e Isaac me acompañaron. Inés vino también, pues dijo que en Iloilo tenía que hacer algunas compras. Fué una excusa, según me lo confesó después.

Quise dar el último abrazo al tío Antón, pero no apareció en toda la casa. Tampoco el "moreno" estaba; señal cierta de que dueño y caballo habían salido.—Estará con lo trabajadores—pensamos. Y después de decir adiós a Clarita, subimos al auto que salió volando, dejando a lo largo blanca nube de polvo.

Atrás, cada vez más lejos, cada vez más pequeño, quedaban la casita blanca, la iglesia, la hacienda, hasta que desaparecieron cuando el auto, salvando una pendiente, se lanzó triunfal por la recta carretera de la playa.

Poco fué lo que hablamos durante el viaje; pues casi siempre es lánguida y forzada la conversación que precede a las despedidas. Hubo un momento en que Inés miraba con fijeza hacia adelante, y de pronto exclamó:

—¡El es! ¡Pobre tío Antón! ¡Tan lejos!

Miramos en la misma dirección que Inés. No había duda; él era. En la bifurcación de la carretera, de pie, con la brida en la mano, inmovil, junto al "moreno," que tampoco se movía, estaba el pobre tío Antón esperando.

Al llegar salté del auto, y lo bracé conmovido, con un abrazo fuerte, muy fuerte.—¡Adiós, tío Antón! No hay que apurarse. Pronto nos volveremos a ver.

El buen anciano, por toda contestación, mené tristemente la cabeza. Al abrazarme sentí que temblaban sus brazos.

—¡Adiós! —me dijo. ¡Ojala nos veamos, pero...

No terminó la frase. Se secó una lágrima, y sin despedirse ni saludar a los demás, emprendió la vuelta a la hacienda; triste, cabizbajo, sombrío; seguido del noble caballo que parecía contagiado de la tristeza de su amo.

Subí al auto. Inés lloraba, Isaac y Lucio estaban silenciosos y tristes. El tío Antón nos había emocionado.

—¡Es todo corazón! —dijo Isaac.

—Seguramente va llorando —añadió Lucio.—

—¡Mirad; nos saluda! —exclamó Inés agitando el pañuelo.

Volvimos la vista. En una pequeña cuesta, vuelto hacia nosotros, a bastante distancia, vimos al tío Antón saludando y despidiéndose con el sombrero. Contestamos a su saludo; y poco después el montículo lo ocultó a nuestra vista. ¡¡Adiós!!

Llegamos a Pulupandan; y después de comer, embarcamos para Iloilo. Durante las tres o cuatro horas de travesía tuve ocasión de hablar con Inés detenidamente. Sus palabras respiraban el más consolador optimismo, con relación al porvenir de las dos familias. En cambio se mostró hondamente preocupada al hablar del tío Antón.

—No hay motivo para tanto, Inés —le dije.—Es cierto que lo has visto triste y derramar lágrimas; pero no olvides que he vivido en su compañía muchos años y nos hemos querido siempre sinceramente. El pobre anciano que sabe amar de veras, con todo su corazón de niño, a pesar de sus años, siente esta separación que supone será larga. Eso es todo. Ya verás como se le va pasando.

—Pues precisamente por eso, porque supone que será larga. ¡Y tan larga! Como que para él... Bueno; se lo diré claramente. El tío Antón presiente su próximo fin. Me lo dijo ayer él mismo, con una convicción, y naturalidad que acabé por darle crédito. Acuérdese de lo que le digo: El tío Antón va a morir pronto. ¡Dios mío! ¡qué golpe y qué desgracia! —exclama Inés quedando pensativa y triste.

Por animarla, solté una carcajada; como si lo que acababa de oír fuese un graciosísimo disparate. Pero justo es confesar que la carcajada no fué natural ni espontánea, pues la frase incompleta del tío Antón al abrazarnos, y las palabras de Inés me daban qué pensar; y también yo presentía algo que me preocupaba, no obstante mis esfuerzos por desechar fantasmas de imaginación.

A las cinco de la tarde estábamos en Iloilo. Al día siguiente embarqué en el "Vizcaya," despidiéndome de aquellos queridísimos amigos con el corazón y los ojos más que con la lengua... ¿Cuándo los volveré a ver...?

Esa pregunta, tantas veces repetida durante el viaje, surge una vez más del fondo de mi espíritu en este momento; cuando ya las sombras de la noche se extienden por el mundo, y brillan tímidas las primeras estrellas ¿Cuándo volveré?

EL SOLITARIO.